

# Comunidad Salesiana

o

## PALMA DEL RIO

(Córdoba)

*Junio de 1976*



Queridos hermanos:

A las 23,50 del día 25 de Mayo, arribaba a la Casa del Padre, nuestro querido hermano el sacerdote D. RAFAEL SANCHEZ ESCRIBANO.

Desde Marzo del año pasado, sentía unas molestias en la espalda, en el mismo lugar de donde se le había extirpado un tumor, en el año 1966.

A principios de Agosto, fue a Sevilla a la consulta del Dr. Stiefel, que diagnosticó la existencia de un liposarcoma, en un estado ya muy desarrollado. Los cirujanos que se consultaron, coincidieron en los grandes riesgos que llevaba consigo una intervención quirúrgica y desaconsejaron la misma.

El fue consciente, desde el primer momento, de la gravedad de su estado, pero a pesar de ello se mantuvo en plena actividad, siempre con la esperanza de que los medicamentos lecurasen.

No obstante, fue perdiendo el apetito, pero a pesar de lo que parecía lógico, no tuvo grandes dolores. El terrible mal, sin embargo, se veía que iba ensanchando su campo de acción.

A principios de Mayo se vió afectado de una tos muy molesta, tal vez como consecuencia de haberle afectado el tumor las pleuras. El médico aconsejó que no saliese de su habitación pues quería preservarle de la gripe, frecuente en esas fechas. Aunque se levantaba e incluso trabajaba en su habitación, todos fuimos conscientes de que estaba cercano su final terreno. Avisado el Sr. Inspector, le visitó varias veces durante la Novena de María Auxiliadora, así como sus familiares de Alcalá la Real.

El día 19 ya no pudo levantarse y, a partir de entonces, incluso para los movimientos más pequeños, necesitaba la ayuda del siempre solícito Antonio Barreiro, «mi ayuda de cámara», como le llamaba don Rafael. La fiesta de María Auxiliadora la pasó en un estado de gran postración y apenas si tomó alimento. Cuando el día 25 entramos en su habitación por la mañana temprano, quedamos sorprendidos del estado en que se encontraba. Reunida la Comunidad alrededor de su lecho, le administramos la Santa Unción, en pleno conocimiento aunque ya no se le entendía lo que hablaba. A lo largo del día fue apagándose lentamente y, al filo de la medianoche, cumplía su peregrinaje mortal.

En el entierro, el día 26, nos acompañaban muchos familiares y amigos del querido don Rafael, siendo especialmente significativa la presencia de un buen grupo de sus antiguos alumnos de Córdoba. La Eucaristía fue concelebrada por más de cincuenta sacerdotes, venidos de las distintas casas de la Inspectoría, así como la totalidad del clero secular de Palma del Río. El señor Inspector hizo en la homilía un perfecto esbozo de la personalidad humana y cristiana de don Rafael.

Había nacido en Santa Ana, pequeña aldea de Alcalá la Real (Jaén) el día 4 de Abril de 1902, el más pequeño de una numerosísima familia. Siendo muy pequeño murieron sus padres, quedando al cuidado de su hermano mayor. En el año 1913 entró en el Colegio de Utrera para hacer la Enseñanza Primaria y de allí pasó a Cádiz para cursar las Humanidades, en los años 1915-19. Del 19 al 22 está en S. José del Valle haciendo el Noviciado y la Filosofía, pasando después a Ecija (1922-26) para realizar su trienio práctico. El verano del año 1926 hace en Utrera su profesión perpetua. Los estudios teológicos los realiza en Campello (1927-28) y Utrera (1929-30).

En Córdoba, ciudad a la que quedaría tan vinculado posteriormente, es ordenado sacerdote por Monseñor Pérez Muñoz, el día 15 de Julio de 1935. Está seguidamente en Córdoba siete años como Encargado de las Escuelas externas y otros seis como Prefecto, para pasar a la Dirección del Colegio de Jerez (1952-54).

Al constituirse la Inspectoría de Santo Domingo Savio pasaría a ser su primer Económico, durante el curso 1954-55. Dirige durante seis años la casa de Santa Teresa en Ronda (1955-61) y posteriormente la de Santa Cruz de Tenerife (1961-67). Es tal vez de esta casa de donde don Rafael conservara los mejores recuerdos, por la ingente tarea que tuvo que realizar para dignificar la situación humana de los niños allí recogidos. Con la satisfacción del deber cumplido, contaba sus innumerables entrevistas y visitas a los organismos oficiales, para conseguir las ayudas que le permitieron transformar muy positivamente el Colegio. Después de un año de Prefecto en la Casa de Posadas, pasó a esta Comunidad, en el año 1968, como Vicario y Administrador.

Fue don Rafael un compendio de sencillas virtudes domésticas; virtudes que tal vez quedaban ocultas para quien le trataba superficialmente, pero que un trato en profundidad ponía enseguida al descubierto.

Destaca en don Rafael la virtud del ahorro. Es curioso observar, cómo en su dilatada entrega a la Congregación le sirvió tantos años desde ese puesto de duro servicio. Por todas las Casas por donde pasó, fue una preocupación suya el dejar una economía saneada. Somos testigos de las preocupaciones y quebraderos de cabeza que tuvo con nuestra débil economía: sin regatear los gastos, medía siempre muy prudentemente la cuerda de las posibilidades.

Destaca, en segundo lugar, su preocupación constante por la limpieza de la casa. Como un reflejo de su pulcritud interior, tenía la idea de mantener bollo y limpío el lugar de nuestra vivienda y de nuestro trabajo. Los hermanos que convivieron con él en Santa Cruz de Tenerife, en aquellos años de tantas dificultades económicas para aquel Colegio, son testigos de los «milagros» de transformación logrados por don Rafael. Ya casi sin fuerzas, nos decía: Tenemos que rodear estas terrazas de macetas, que parece esto un cortijo sin vida. Cada año, aún sin haber terminado el curso, ya estaba haciendo el presupuesto de lo que se podía gastar en pintura y en blanqueo. Cada detalle que se cite, puede parecer vulgar, pero todos en conjunto nos dan la visión de un aspecto importante de su personalidad.

Como consecuencia de lo anterior, era Don Rafael el hombre de una incansable laboriosidad. Veinte días antes de su muerte, trabajando en la oficina con el administrativo, lo dijo éste: don Rafael, ¿Vd. por qué no descansa ya? Y le contestó: Y qué iba yo a hacer descansando? Ultimamente le era casi imposible mantenerse de pie, y ahí estaba haciendo recibos, pagando facturas, controlando toda la casa. Y si abandonó la Prefectura unos días antes de su muerte, fue por una orden del médico.

Hay un rasgo de su personalidad que nos llama la atención. Es lo que podríamos llamar, su trato de personas. En una oficina por la que continuamente desfilan personas pasando facturas, se corre el gran riesgo de agriar el trato. En estos días han vuelto a pasar todas esas personas, no a pasar factura, sino a rendir el tributo de su agradecimiento a don Rafael. Todos cuantos le trajeron, tienen el recuerdo agradecido y sincero de haber tratado a un amigo. Durante los días de su enfermedad, fueron muchas las personas, de todas las clases sociales, que venían a pasar un rato con él, preocupados por su salud.

Todos sabemos el problema que para los religiosos supone hoy la vida de Comunidad. En la reflexión que hemos hecho todos, con el fin de redactar estas líneas, hemos destacado en lugar preeminente, esta cualidad suya. El tenía su propia mentalidad, que le hacía ver los problemas y las situaciones, con una visión diametralmente distinta a la de los hermanos más jóvenes. El defendía, con calor y convencimiento, sus propios puntos de vista. Pero a pesar de las tensiones, todos somos testigos de que la convivencia no se agrió en lo más mínimo, a pesar de que emocionalmente habría motivos más que suficientes para lo contrario.

Queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a don Rafael, por habernos aceptado, tan cordialmente, siendo tan diversos.

Hemos recibido en estos días muchos testimonios de personas que se relacionaron con él. Todos coinciden en la afabilidad de su trato. El señor Delegado de Hacienda, de Murcia, nos dice: «Conocí y traté a don Rafael en Santa Cruz de Tenerife y sus grandes cualidades, tanto religiosas como humanas, fueron un elemento decisivo para que entre él y yo surgiera una corriente de afecto que no se interrumpió...».

Fue esta virtud suya la llave que le abrió el corazón de todos los que le tratamos.

Queremos señalar, finalmente, su sobriedad personal. No es sólo la austereidad de sus efectos personales, sino el desprendimiento interior que tenía de todo. Nada necesitaba, nada deseaba. La pequeña cantidad que nos entregan cada mes para nuestros gastos, estaba todavía en los mismos sobres en que se la entregaran.

Como decíamos al principio, un compendio de sencillas virtudes domésticas. Esa sencilla grandeza del hombre trabajador y humilde.

No quisiéramos terminar sin mostrar públicamente nuestro agradoceimiento:

- A todos aquellos hermanos y amigos que con su presencia nos confortaron en nuestro dolor.
- A D. José Jiménez Molina, nuestro médico, que con sus magníficas dotes humanas tantos ánimos infundía en don Rafael.
- A don Rafael Carrasco Torres que tan solícito estuvo siempre para prestar sus servicios de practicante y su consuelo de amigo.
- A Angeles Rosa que cuidó durante su enfermedad a don Rafael con un cariño como si de un familiar se tratase.

Queridos hermanos: pedimos de corazón, que el dolor de esta muerte, abone en abundancia las mieses del Señor y la cuadrilla de sus operarios. Esta Comunidad os agradece sinceramente vuestros sufragios y os pide un recuerdo ante el Señor, para que pague abundantemente los trabajos de su solícito viñador.

Pedid también por esta Comunidad Salesiana y por su trabajo apostólico.

LA COMUNIDAD